

El legado de los ausentes



Por: Maira Paula Pava
Provincia de Alto Magdalena
Estudiante de Jurisprudencia
Universidad del Rosario

Colombia está atravesando uno de los más difíciles e importantes momentos de su historia: El proceso de paz, y por supuesto no se puede dejar atrás el recuerdo de quienes murieron sin ella. Así, hoy recordaremos una de las peores masacres que existieron en nuestro país, todo, porque del pasado se aprende.

Esta masacre es la Masacre de Segovia, ocurrida en Segovia (Antioquia) en noviembre de 1988 donde un grupo de paramilitares liderado por Fidel Castaño hirió a cuarenta y cinco personas y asesinó a cuarenta y tres más con la finalidad de eliminar a los militantes de la Unión Patriótica que habían ganado las elecciones de marzo de 1988; y de la que, lastimosamente, ningún autor intelectual o material fue condenado por tal genocidio.

Remedios y Segovia eran unos pueblos olvidados por los gobiernos de Colombia, que contaban con campesinos humildes dirigidos en ese entonces por un alcalde y por varios concejales de la Unión Patriótica. La Unión Patriótica fue y reapareció como un partido político de izquierda fundado cuatro años antes de esta masacre gracias al “proceso de paz” que se dio entre la guerrilla de las FARC y el presidente Belisario Betancur.

Ahora bien, después de aquella experiencia es difícil creer en un esfuerzo más que simbólico por la lucha de la buena convivencia, la paz y la tranquilidad de Colombia, sobre todo cuando la impunidad deja un grave impacto, pues las pérdidas, las ausencias, los daños y el dolor son cada vez más intensos para las víctimas con el paso de los años, en especial porque la verdad, la justicia y las garantías de no repetición que aunque hoy son más, siguen dejando sinsabores en la persistencia por la justicia.

Hoy después de 28 años, seguimos siendo testigos de crímenes atroces contra la humanidad y no comprendemos por qué necesitamos la paz; por qué hay quienes necesitan esclarecer cómo, dónde y por qué hay ausentes; la importancia de la voz de los sobrevivientes; la necesidad de comprender las diferencias en un país supuestamente pluralista; la heterogeneidad de las condiciones de vida; y por último, tampoco comprendemos la fragilidad de la democracia. Es por esto que hoy necesitamos educación para la paz, en especial en los colegios, para apostar por una Colombia consciente del pasado, del presente y del futuro en la toma de decisiones asertivas sobre lo que sea mejor para todos y cada ciudadano.

En conclusión, diré que cuando existe impunidad es más probable la existencia de repetición y que Colombia necesita crear ambientes propicios donde los más chicos comprendan qué es el proceso de paz, por qué necesitamos formar hombres justos y sobre todo, la importancia de perdonar, para que el legado de los ausentes no sea en vano.

Bibliografía

<http://www.prensarural.org/cahucopana/nordeste20040414.htm>. La realidad sitiada: informe final de la Acción Humanitaria al nordeste antioqueño, 2004.

Centro Nacional de Memoria Histórica. ¡Basta Ya! Colombia: Memoria de Guerra y Dignidad. Resumen. Bogotá: Pro-Off Set, 2013